

explicaciones alcanzaron un éxito general, aun en los mismos que temían la tentativa del restablecimiento del imperio en presencia de la Europa armada, no causándoles menor temor las costumbres de autoridad arbitraria y absoluta de Napoleón. Una vez echada la suerte, creyeron ó se complacieron en creer que con sus disposiciones y su genio rejuvenecido por el reposo, la reflexión y la desgracia, lograría vencer las dificultades de su nueva misión y daría á la Francia todo cuanto tan acertadamente la prometía. Siempre libre en sus pensamientos, en medio de las situaciones más agitadas, habló con Mr. Beryat-Saint-Prix de algunas disposiciones de nuestros códigos respecto de las cuales no se hallaban de acuerdo los jurisperitos, y le prometió añadir el examen y el cambio de estas disposiciones, si era necesario, al número de las reformas legislativas de que pensaba ocuparse en el seno de una profunda paz, que, según decía, no trataría de alterar nuevamente.

Después de haber recibido, hablándoles del indicado modo á las autoridades, fué á pasar revista á las tropas, y como era natural fué acogido por ellas con entusiasmo. El 5.º de línea, acuartelado en Grenoble, el 7.º y el 11.º, llegados de Chambéry, el 4.º de húsares, procedente de Vienne, el 3.º de ingenieros y el 4.º de artillería prorrumpieron en aclamaciones frenéticas. Dos ó tres jefes habían abandonado por escrúpulo su regimiento, pero la mayor parte habían quedado, juzgándose libres de sus juramentos por la autoridad de una revolución. Las escarapelas tricolores, conservadas por los soldados en los rincones de sus mochilas, reaparecieron con una prontitud mágica; hasta las águilas, escondidas no se sabe dónde, volvieron á verse en la punta de las banderas tricolores, y en vista de todo esto, parecía que no había habido en el reinado imperial más que un año de interrupción. Napoleón habló mucho á los soldados de la gloria marchitada por la emigración, después les repitió que quería la paz, y que esperaba sostenerla, porque estaba resuelto á no mezclarse en los asuntos de los demás; pero que nunca soportaría que nadie interviniese en los de la Francia, no dudando ni un solo instante de que los hallaría siempre tan valientes y tan afortunados como en otro tiempo, si alguno por desgracia intervenía en ellos. Añadió que, después de haber llegado á Grenoble escoltado por sus compañeros de destierro, que habían salido en su compañía de la isla de Elba, llegaría escoltado por los bravos que se habían reunido á su causa hasta Lyon y París á poner fin á la conquista de la Francia, la que terminaría como había empezado en la Provenza y en el Delfinado, no con las armas, sino con el impulso irresistible del ejército y del pueblo; que las horas eran preciosas, puesto que era necesario no dejar á los Borbones el tiempo de implorar el auxilio del extranjero; y que por tanto, necesitaban continuar su marcha sin perder ni un instante. Así, pues, después de haber mandado distribuir á las tropas las raciones que estaban preparadas, las puso en movimiento dirigiéndolas á Lyon por Bourgoin.

Al separarse de ellas, Napoleón las anunció que las seguiría de cerca, que al día siguiente lo más tarde se hallaría á su cabeza é iría á abrirse las puertas de Lyon del mismo modo que se había franqueado las de Grenoble, ostentando las banderas tricolor. El 5.º, el 11.º y el 7.º de línea, el 3.º de ingenieros, el 4.º de artillería

con treinta cañones de campaña, y el 4.º de húsares á la cabeza partieron para Lyon gritando ¡Viva el emperador! Entre todos formaban un cuerpo de siete mil hombres, completamente fanatizados y bastantes para vencer á los Borbones, si los encontraban, pero más seguros todavía de arrastrar, movidos por el sentimiento que á su vez los había arrastrado, á todas las tropas que tratasen de oponerles para estorbarles el paso.

Napoleón, poniendo nuevamente en práctica su costumbre de trabajar en los tiempos de sus campañas, mientras que sus ejércitos marchaban, volvió á la fonda de los Tres Delfines para dar órdenes indispensables; proponiéndose partir al día siguiente escoltado por los soldados de la isla de Elba que, gracias á esta disposición, podrían disfrutar de todo un día de descanso. De este modo debía llegar el 10 á las puertas de Lyon al frente de un cuerpo mucho más considerable que todos los que pudieran dirigir en contra suya.

Estaba descontento del prefecto Fourier, que no le había esperado, y que había huido de Grenoble para no encontrarse con él. «Fué á Egipto con nosotros, repetía Napoleón; se metió en la revolución, hasta firmó una de las comunicaciones dirigidas á la Convención contra el desdichado Luis XVI (se equivocaba en este punto); ¿qué tiene, pues, de común con los Borbones?» En su primer instante de disgusto, iba á dictar una medida contra Mr. Fourier, cuando recibió las explicaciones que este prefecto, al salir de Grenoble, le había mandado por un medio indirecto. Se calmó y le expidió el orden de que fuera á reunirse con él en Lyon. Comunicó la misma orden al general Marchand; después se puso á escribir á María Luisa para anunciarla su entrada en Grenoble, y la seguridad que tenía de su próxima entrada en París, para apremiarla á que acudiera á su encuentro, le llevase su hijo y demostrase al emperador Francisco la sinceridad de sus pacíficas intenciones. Dirigió esta carta al general De Bubna, comandante de las tropas austriacas en Turín, el mismo con quien había tratado tan amigablemente en Dresde el año 1813; le recomendó que la transmitiese á María Luisa; y quiso que el correo portador de su mensaje se encaminase públicamente por el monte Cenis, á fin de que se creyese que existían comunicaciones entre él y la corte de Austria. El jueves, 9, después de dar todas sus órdenes, salió de Grenoble á las doce del día, acompañado de los votos del pueblo del Delfinado, y se dirigió hacia Lyon.

Mientras que Napoleón penetraba en Francia, apoderándose sucesivamente de las tropas enviadas para combatirle, la noticia de su aparición había causado en todas partes una emoción profunda. Esta noticia, partida del golfo Juan el día 1.º de marzo á las doce del día, se divulgó con toda la rapidez que permitían los medios de comunicación que había en aquella época. A Marsella llegó el 3, y puso á la población efervescente de esta ciudad en un estado de agitación extraordinario. En Lyon se supo el 5, y allí encontró á los habitantes divididos, muy animados los unos contra los otros; por último, el telégrafo la transmitió á París el mismo día 5, á primera hora de la tarde. Comunicada inmediatamente por Mr. de Vitrolles á Luis XVIII, sorprendió con extremo á este príncipe, quien tomando en general todas las cosas con mucha sangre fría, se

manifestó desde el primer momento más asombrado que alarmado, é indagó, por decirlo así, en las miradas de los que le rodeaban lo que debía pensar de este gran acontecimiento. En la loca alegría de los unos, que se figuraban que no habría más que hacer que prender y fusilar al fugitivo de la isla de Elba; en el terror de los otros, que le veían dueño de todas las fuerzas enviadas contra él, no tardó en descubrir que el suceso en cuestión era de la mayor gravedad, y procuró escoger entre los contradictorios pareceres de sus ordinarios consejeros el que más convenientemente podía ponerse en práctica. Impotente desde su juventud, habiéndose movido muy poco en el destierro, y ridiculizado con frecuencia la actividad incesante de su hermano, había llegado á ser inerte tanto por costumbre como por naturaleza; no quería tomar resoluciones prontas y decisivas, y era tan lento de espíritu como de cuerpo en las ocasiones difíciles.

A imitación de sus prefectos, quiso que la noticia se guardase en secreto el mayor tiempo posible. Al principio no se inició en el terrible misterio más que á los príncipes, al ministro de la Guerra, personaje indispensable en aquellas circunstancias, á Mr. de Blacas, á quien se daba cuenta de todo lo que ocurría, y á monsieur de Vitrolles, quien de los restos del antiguo ministerio de Estado había conservado el telégrafo.

Los príncipes experimentaron una inmensa agitación, porque llamados, por su posición, á colocarse al frente de las tropas, comprendían mejor que nadie la dificultad de su papel. En cuanto al mariscal Soult, ministro de la Guerra, que se había echado en brazos de los Borbones, sin pensar en que un día podría encontrarse la terrible figura de Napoleón, se quedó consternado al ver los compromisos, los apuros, las dificultades que iban á suscitarle; pero no por esto dejó de manifestarse menos celoso de su deber. Como era natural, todos pensaron en que debía darse á los príncipes el mando de los diversos cuerpos de tropas que se iban á formar, poniendo el principal de ellos á las órdenes del conde de Artois, siempre el más activo de los miembros de la familia, y el más popular entre los realistas acérrimos, los que, en aquella ocasión, podían prestar señalados servicios si su adhesión era tan activa como alborotadora. Hallándose Napoleón en marcha desde el 1.º de marzo, y habiendo debido dirigirse á Lyon, cualquiera que fuese el camino elegido por él, el de Grenoble ó el de Marsella, donde debían encontrarle era en Lyon, y allí era preciso acumular los medios de resistencia. El conde de Artois se ofreció con el mayor interés á ir á Lyon, y este ofrecimiento era tan oportuno que fué aceptado en el acto, pensándose en darle por tenientes á sus dos hijos el duque de Berry á la izquierda y el duque de Angulema á la derecha (éste se hallaba entonces en Burdeos), debiendo partir uno y otro de las provincias que acostumbraban á visitar, dirigiendo sus fuerzas hacia los flancos de Napoleón. Se convino en que el duque de Berry, muy conocido en las provincias militares del Este, marcharía al Franco Condado, reuniría en Besanzón las tropas de línea, los guardias nacionales adictos y los conduciría por Lons-le-Saulnier hacia el lado izquierdo de Lyon; y en que el duque de Angulema, familiarizado con las poblaciones del Mediodía, saldría inmediatamente de Burdeos,

iría á Nimes por Tolosa, y atacaría á la retaguardia de Napoleón con las fuerzas que pudiese reunir. Estas combinaciones, que el ministro de la Guerra consideraba como sabiamente adoptadas, suponían dos condiciones: primera, que hubiese el tiempo suficiente para concentrar las tropas en estos diversos puntos; segunda, que fuesen fieles. Ahora bien, se deliberaba el 5 por la tarde; las órdenes expedidas el 6, no podían llegar á sus destinos más que el 7, el 8, el 9 ó el 10, según las respectivas distancias, exigiendo además el tiempo necesario para su ejecución; y ya sabemos que Napoleón había de llegar á vista de Lyon el mismo día 10. En cuanto á la fidelidad de las tropas, ya se ha podido comprender por la relación que hemos hecho anteriormente, hasta qué punto eran fundadas las esperanzas que podían abrigarse respecto de este particular.

Sin embargo, el ministro de la Guerra no dejaba por esto de mostrarse menos celoso, menos activo, y proponía muy seriamente como medios infalibles de salvación los que acabamos de enumerar. El gobierno le dejó obrar, porque en último resultado él, mejor que ningún otro de los hombres que rodeaban al trono, sabía lo que era preciso hacer para tratar á los soldados. Ignorando lo que había sucedido en La Mure y en Grenoble, no desesperaban de la fidelidad de las tropas, y para asegurársela aún más se resolvió poner al lado de los príncipes jefes populares y respetados en el ejército. El mariscal Ney, comandante general de las tropas del Franco Condado, fué elegido para acompañar al duque de Berry. El mariscal Macdonald, comandante general en Bourges, recibió la orden de dirigirse inmediatamente á Nimes para auxiliar al duque de Angulema. Estos dos mariscales que habían sido en Fontainebleau los agentes de Napoleón, parecían ser los mejores para oponérsele. No se dudaba de la rígida probidad con que el mariscal Macdonald cumpliría sus deberes; y en cuanto al mariscal Ney, aunque se sabía que estaba descontento de la corte y por este motivo retirado á su casa de campo, se suponía que debía ver con disgusto la vuelta de Napoleón, sobre todo recordando las escenas de Fontainebleau, y se lisonjeara de que al aspecto de este formidable aparecido se despartarían en él sus adormecidas pasiones.

Por último, para proporcionar al conde de Artois un teniente más, y un teniente de grande importancia, se eligió, en apariencia maliciosamente, pero en realidad á propuesta y sin intención ninguna del conde de Artois, se eligió, decimos, al duque de Orleans. Este príncipe, aunque obrase con mucha reserva, había llegado á ser, como hemos indicado, el objeto de todas las desconfianzas de la emigración. Frecuentemente visitado, era apreciable á los militares, que recordaban los servicios que había prestado en los ejércitos republicanos, y á los partidarios de las ideas constitucionales, á quienes agradaba con extremo ver abundar en sus ideas á un individuo de la familia real. Esta especie de popularidad, de la que el duque de Orleans no pensaba abusar en modo alguno, ofuscaba á la corte, y Luis XVIII mismo se alegraba al desembarazarse de él, confiándole al conde de Artois, quien por su parte tenía un placer también en llevar á su lado á un Borbón militar. Esta elección fué acogida con la misma facilidad que las anteriores, y se encargó al ministro de la Guerra que



ordenase inmediatamente los movimientos de las tropas y del material que debían ser la consecuencia de las disposiciones adoptadas. Se acordó que el conde de Artois partiese para Lyon en la misma noche del 5 al 6 de marzo; y se convocó á las Tullerías al duque de Orleans, para comunicarle la noticia secreta y para transmitirle por la boca del rey las órdenes que le concernían. Este príncipe no se hizo esperar. «Y bien, le dijo Luis XVIII, con una singular dejadez, *Bonaparte* está en Francia.» El duque de Orleans, comprendiendo con su ordinaria sagacidad el peligro que amenazaba á la dinastía, no ocultó sus temores. «Y ¿qué queréis que haga?, respondió Luis XVIII, haciendo un movimiento de impaciencia: me alegraría mucho más de que no hubiese vuelto, pero está aquí y necesitamos desembarazarnos de él como mejor nos sea posible.» Convencido el duque de Orleans de que las medidas adoptadas para la defensa de Lyon serían tardías é ineficaces, no fué de su agrado la misión que querían confiarle, y procuró persuadir al rey de que debía conservarle en París, donde no quedaría ningún príncipe de la sangre si él se alejaba, y donde la popularidad de que no se vanagloriaba, pero que realmente tenía, podía serle útil; pero al pedir quedarse, pedía precisamente lo que justamente deseaba menos el rey, y tuvo que resignarse á partir. Lo único que logró con sus consejos fué que quedase en París el duque de Berry. Se pensó en efecto que era preciso dejar cerca del rey á uno de sus sobrinos, y que, por otra parte, no convenía exponerse á las consecuencias del carácter demasiado ardiente del duque de Berry, decidiéndose por lo tanto que el mariscal Ney fuese solo á Besanzón. Este mariscal, que se hallaba en su posesión de los Coudreaux, fué inmediatamente llamado á París por telégrafo.

Después de haberse tomado estas medidas militares, se convocó á los demás ministros, para ocuparse de las medidas políticas. La impresión que recibieron todos fué la misma, es decir, extremadamente viva, mezclada con algún arrepentimiento en los que comprendían las torpezas que se habían cometido, acompañada de un solo pesar en los otros, el de haber sido demasiado suaves, demasiado débiles, según decían; y por esta razón, querían compensar su anterior debilidad empleando una gran energía en las circunstancias presentes. Sin reflexionar, sin darse cuenta del acto que iban á cometer, del terrible derecho de represalias á que iban á exponerse, redactaron una orden basada en el artículo 14 de la Carta, por la cual estaba mandado á todo ciudadano perseguir á Napoleón, cogerle muerto ó vivo, y en el último caso, entregarle á una comisión militar que le aplicase acto continuo las leyes existentes y por consecuencia le hiciese fusilar. Esta orden no sólo fué dictada contra Napoleón, sino también contra sus compañeros y cooperadores de su empresa. Bastaba probar la identidad para que la condena y la ejecución fuesen inmediatas.

A este acto dictatorial, primera aplicación del artículo 14 que tan funesta debía ser para la dinastía, se añadió otro sumamente legítimo y necesario: el de convocar á las cámaras, cuya reunión se había aplazado al 1.º de mayo. Nada podía hacerse más razonable que reunir las en torno del rey para tomar de acuerdo con ellas las medidas de defensa que las circunstancias

exigiesen y para oponer á Napoleón, que representaba el despotismo militar, la monarquía legítima rodeada de todo el aparato de la libertad constitucional. Las cámaras, fueron, pues, convocadas en el más breve plazo posible, y sus miembros presentes en París fueron invitados á acudir á sus respectivos palacios, á fin de constituirse desde el momento en que se reunieran en número bastante para deliberar.

Adoptadas estas resoluciones el lunes 6, y publicadas el martes 7 (día en el que Napoleón entraba en Grenoble), revelaron al público la gran noticia que se había guardado en secreto todo el tiempo posible, pero que poco á poco se había escapado de las Tullerías y había producido una inmensa sensación en cuantos la habían sabido. Sin embargo, los detalles publicados disminuyeron un poco la primera emoción. El gobierno no sabía aún más que el desembarco de Napoleón en el golfo Juan á la cabeza de mil y cien hombres, la tentativa contra Antibes, que había fracasado, y su marcha hacia los Altos Alpes. Los prefectos al enviar estos partes habían puesto en relieve las circunstancias más favorables, y el gobierno se esmeró por su lado en comunicar al público la impresión que habían procurado inspirarle á él. Como se daba una gran importancia á la manifestación de los sentimientos del ejército, fundaron muchas esperanzas con lo que había pasado en Antibes, y presentaron á *Bonaparte*, según le llamaban entonces, como rechazado por las tropas que había encontrado al desembarcar, y como obligado á guarecerse en las montañas, donde no podía tardar en sucumbir á los golpes de la miseria ó de la justicia. «Este *miserable bandido*, exclamaban, indigno de morir como un héroe, no tardará en morir como un malhechor, y debían dar gracias al cielo porque le había hecho salir del retiro en donde habían tenido la debilidad de dejarle, para acudir á ofrecerse al suplicio que tanto merecía.» Esta manera de pensar fué adoptada por los realistas ardientes, y después de haberse repuesto de su primer terror, no vieron en el gran acontecimiento del día más que un motivo de esperanza.

El resto del público pensó de una manera muy distinta. No se fió de la versión oficial, y no consideró á Napoleón tan completamente perdido como se complacían en decir. La masa del pueblo, sintiendo por instinto una gran preferencia hacia el hombre que tan poderosamente había excitado su imaginación, experimentó una secreta alegría al saber la noticia de su regreso. Los militares profundamente conmovidos elevaron al cielo por su antiguo general los más fervientes votos, sin cuidarse de ocultar sus disposiciones, por más que los jefes demostrasen una rígida fidelidad á sus deberes. Los revolucionarios, después de haber aplaudido diez meses antes la vuelta de los Borbones, que los vengaba de Napoleón, aplaudían del mismo modo la vuelta de éste, que los vengaba de los Borbones. Los poseedores de bienes nacionales, numerosos en los campos, se creían salvados de una expoliación inminente. La clase media por el contrario tranquila, desinteresada en la cuestión de los bienes nacionales, que había comprado en mucha menor escala que los habitantes del campo, deseando la paz y una libertad muy moderada, fué sobrecogida de una gran inquietud. Aunque herida por la parcialidad de los Borbones para con los

nobles y los curas, prefería conservarlos sufriendolos, que correr con Napoleón el riesgo de tener que soportar nuevas guerras y que exponerse á no alcanzar más que una escasa libertad. Estos sentimientos eran sobre todo los de la clase media de París, la más prudente de Francia, porque además de estar dotada de muchas luces, carece de esos intereses particulares de provincia que ponen en peligro la rectitud de las opiniones. Así pues en las ciudades marítimas, arruinadas por el bloqueo continental, experimentó la clase media una especie de furor, mientras que en las ciudades manufactureras, cuya industria creada por Napoleón había sufrido mucho á causa de las comunicaciones con la Inglaterra, disfrutó de una verdadera alegría, aunque limitada en cierto modo por los temores de nuevas guerras.

Los hombres verdaderamente ilustrados no abrigan más que un sentimiento, el del dolor. Estos hombres, en todas partes poco numerosos, pero influyentes sin tratar de serlo, no esperaban de la vuelta de Napoleón más que terribles calamidades. Para ninguno fué dudosa la guerra. El congreso, que se había creído próximo á su disolución, se había prolongado y era evidente que en vista de los últimos sucesos no se separaría ya y haría todo lo posible para echar por tierra, sin dejarle ni aun el tiempo de restablecerse, al hombre que se presentaba para intervenir en todo cuanto se había hecho en Viena. Esto debía producir necesariamente un duelo á muerte contra la Francia y las grandes potencias europeas. Este primer peligro debía bastar por sí solo para decidir á todo buen ciudadano en contra de la tentativa que presagiaba tantos conflictos. A decir verdad, la culpa de todo lo que sucedía no podía achacarse solamente á Napoleón, sino también á los Borbones, que con sus torpezas habían sugerido la idea y preparado el triunfo de su empresa; pero de todos modos, fuesen culpables los unos ó los otros, el mal siempre era el mismo para la Francia.

Respecto de los asuntos interiores, los motivos de arrepentimiento, sin ser tan graves, no dejaban por eso de ser menos formales. Los Borbones se habían puesto en pugna con todos los que sentían en su alma el amor á la patria y adhesión á los principios de 1789; pero en fin, se había tratado de vencerlos constitucionalmente. Las elecciones del año iban á reunir un contingente de opositores moderados, los que podrían aumentar la mayoría independiente que se había formado en la cámara de los diputados, y con ellos había seguridad de conseguir una victoria regular, lenta quizás, pero tarde ó temprano completa, sobre las inclinaciones de la emigración. De este modo se restablecería, con los verdaderos principios de la revolución francesa, una libertad prudente, legal, práctica y semejante á la que tanta dicha proporcionaba á la Inglaterra. De todas maneras, era una obra comenzada, y valía más concluir que no ir á emprender otra, y no hacer siempre más que empezar sin poner fin á nada.

Por otra parte, ¿podrían tenerse con Napoleón, aunque se encontrase ilustrado por la adversidad y la reflexión, las mismas probabilidades de triunfo? Esto era muy cuestionable. No cabe duda en que con él no nacería ninguna dificultad para el mantenimiento de los principios de 1789, que en cierto modo constituían su

filosofía política; pero respecto de la libertad constitucional era otra cosa. Aun suponiendo que hubiese aprovechado la educación de la desgracia, ¿no encontrarían su poderosa voluntad, su invencible genio?; y en este caso ¿podrían plegarle á todas las exigencias del régimen constitucional? Era preciso, pues, prever con él una segura guerra, una libertad dudosa, y esto era mucho más de lo necesario para impedir á los hombres ilustrados que desearan su vuelta.

No hay exageración ni parcialidad al decir que estos hombres se hallaban casi exclusivamente en las filas del partido constitucional. Se llamaba partido constitucional al que procuraba fundar una libertad regular bajo el reinado de los Borbones sometiéndolos á ella poco á poco por medio de victorias legalmente ganadas sobre sus malas tendencias. En las cámaras ó fuera de ellas, este partido estuvo unánime en adherirse á los Borbones y tratar de sostenerlos. No hay duda de que algunos sentimientos personales entraban por algo en la generosidad de esta resolución: en las dos cámaras, por ejemplo, algunos de sus miembros estaban comprometidos, los unos por haber votado la caída de Napoleón, los otros por haberse adherido á ella con ardor.

Algunos escritores, como Mr. Benjamín Constant, habían empleado contra el régimen imperial una violencia de lenguaje que debía por lo menos hacerlos incompatibles con el soberano de la isla de Elba, convertido de nuevo en soberano de la Francia.

Pero independientemente de algunos motivos particulares, la mayor parte de los hombres del partido constitucional obraban impulsados por el deseo altamente honroso de cumplir con el juramento prestado á los Borbones, de concluir con ellos el edificio comenzado de la libertad constitucional, y de ahorrar á la Francia una nueva y fatal lucha con la Europa. Los jefes del partido constitucional cifraban por otra parte su orgullo en probar que su oposición, manifestada con sus discursos ó con sus escritos, no se había dirigido á la dinastía de los Borbones, sino á su marcha política; lo que era una conducta leal, sensata y hábil.

Los que pertenecían á las cámaras se apresuraron á acudir al lugar de sus sesiones, á verse, á hablarse, y á confiarse en sus conversaciones los sentimientos que experimentaban, hasta que llegase el momento de hacerlos públicos por medio de sus discursos, cuando estuviesen reunidos en número bastante para deliberar. Todos procuraron agruparse en torno del presidente de la cámara de diputados Mr. Lainé, ardiente partidario de los Borbones por odio á Napoleón, y que abundaba en todos los sentimientos de los realistas sin participar de sus errores. Mr. Lainé comenzó á reconocer las torpezas cometidas, en las que también había tenido parte; y como no era un hombre á propósito para ocultar lo que sentía, no tardó en confesar sus torpezas, y encontró eco entre los realistas moderados y aun entre algunos de los ministros.

Estos últimos, como hemos dicho antes de ahora, no constituían un verdadero gabinete. Para que exista, bajo la forma de gobierno que se trataba entonces de dar á la Francia, es necesario primero que la monarquía lo consienta, sufriendo que se levante una voluntad al lado de la suya; después que se halle entre los ministros un jefe, admitido como tal por sus colegas y aceptado



á la vez por las cámaras y por el trono como su intermediario y su lazo de unión. Ahora bien, Luis XVIII, como también hemos consignado, aunque menos asustadizo que ninguno de los demás monarcas que hemos tenido con el espectáculo de las asambleas libres, lo que debía á su prolongada residencia en Inglaterra, no había hecho hasta entonces los sacrificios de autoridad que exige el régimen representativo; y si, en la práctica, cedía mucho de su poder real, era tanto por el fastidio que le ocasionaban los negocios como por su buen criterio. Cualquiera que fuese el motivo, lo cierto es que no trataba de tener un verdadero jefe de gabinete, ni entre los que le rodeaban había uno capaz de serlo. Mr. de Talleyrand, ausente y perezoso, no podía, á pesar de ser el personaje más eminente de la época. Mr. de Montesquiou, el más considerable después de Mr. de Talleyrand, y el único capaz de figurar delante de una asamblea, hubiera podido desempeñar la misión de este jefe, si se hubiera concedido mayor importancia á las cámaras y si hubiera tenido el carácter á la vez dócil, firme y laborioso que exigía este papel. Había, pues, ministros, como hemos dicho ya haciéndolo notar, pero no un ministerio. Estos ministros se dividían en hombres de talento lamentando las faltas cometidas, inclinados á reconocerlas, y en cómplices ó consentidores de la emigración, creyendo que su culpa consistía en haberse mostrado demasiado débiles, demasiado condescendientes con los partidos adversarios. Entre los primeros debemos colocar al barón Louis, exclusivamente dedicado á la Hacienda y habiendo desplegado en su especialidad las cualidades de un gran ministro; á Mr. Beugnot, injustamente atacado por la emigración, cuya intervención en la policía había rechazado, y al que los realistas ardientes acusaban con amargura de haber permitido llevarse á cabo la evasión de la isla de Elba, pues hubiera debido, en su calidad de ministro de Marina, impedirlo, empleando para esto cruceros más vigilantes; á Mr. de Jaucourt, substituto temporal de Mr. de Talleyrand, únicamente consagrado á los asuntos de sus negociados, hombre leal, inteligente y moderado; y por último á Mr. de Montesquiou, que conocía hasta qué punto se habían poco á poco dejado arrastrar por otra corriente que por la verdadera de los sentimientos nacionales, conviniendo en esto con una noble franqueza, descontento de todos los partidos, pero del suyo más que de ningún otro, achacándole todo lo malo que sucedía y complaciéndose en decir en medio de su desesperación, que lo mejor que él y sus colegas podían hacer era ceder el puesto á hombres más populares y más capaces de salvar al trono.

Mr. Dambray y Mr. Ferrand, por ceguera, y el mariscal Soult por los compromisos que había contraído con los realistas más acérrimos, participaban, por el contrario, de las ideas de la emigración. Según ellos, lo único que era preciso hacer era ser más realistas de lo que hasta entonces habían sido, sobre todo más rigurosos, dar palos á derecha y á izquierda si se presentaba ocasión, negar al caso algunas de las concesiones de la Carta (esto se decía en secreto) y procurar por estos medios salvar la monarquía. Mr. de Blacas no decía nada. Tenía bastante criterio para reconocer que se había equivocado en un sentido ó en otro, pero se miraba tan sumamente identificado con el trono, que no

suponía que ni la censura ni el cambio pudieran alcanzarle.

Los ministros arrepentidos se habían inclinado á favor de Mr. Lainé, y Mr. de Montesquiou no titubeó en decir que si era necesario sacrificar á tres ó cuatro miembros del gabinete, él inclusive, para darle fuerza, se hallaba dispuesto á arrojarlos en el abismo. Mr. Lainé aplaudió mucho estas disposiciones y trató de adherirse á los jefes de la oposición moderada, dentro ó fuera de las cámaras. Entre éstos había dos que logró reunir á su lado, Mr. Benjamín Constant, cuyos escritos habían producido una viva sensación, y Mr. de Lafayette, quien después de haber hecho una visita á Luis XVIII en el momento de la promulgación de la Carta, para probar que se hallaba dispuesto á aceptar la libertad bajo la dominación de los Borbones, se volvió á su posesión de Lagrange, y vivía en ella pacíficamente, esperando á que los electores le encomendasen la misión formal de tomar parte en los negocios públicos.

Entre Mr. Lainé, Mr. de Montesquiou y los diversos jefes del partido constitucional, se emitieron ciertas ideas, tales como la de cambiar tres ó cuatro ministros, á saber, Mr. de Montesquiou, que se prestaba al sacrificio, Mr. de Blacas, el mariscal Soult y Mr. Ferrand, que no se prestaban á él, y reemplazarlos con personajes más populares; la de aumentar la cámara de los pares, llamando á su seno á hombres señalados por grandes servicios civiles ó militares; la de completar la cámara de los diputados, reemplazando las dos series cuyos poderes habían terminado con diputados que profesaran la opinión liberal, y en vista del escaso tiempo de que podían disponer, confiar su elección á la misma cámara; la de reorganizar la milicia nacional, formándola con la clase media, generalmente buena, y dar el mando superior de ella á Mr. de Lafayette; la de explicarse claramente sobre los bienes nacionales, á fin de disipar las inquietudes de sus poseedores; la de examinar, por último, las medidas que habían disgustado al ejército, abrogarlas inmediatamente, y sustituirlas con disposiciones contrarias.

Mr. de Montesquiou manifestó creer que ninguna de estas concesiones, ni aun siquiera la de elegir á Mr. de Lafayette, sería bastante costosa en cambio del servicio que prestarían salvando al trono del peligro en que se hallaba. Los ministros opuestos á las concesiones, y particularmente á los sacrificios, clamaron contra estas medidas, y Mr. de Blacas, que lo oía todo por cuenta de Luis XVIII, que jamás se decidía, permaneció inmóvil y silencioso. En vano Mr. Lainé, conociendo que Napoleón avanzaría con su rapidez ordinaria, insistía que se adoptase cualquier partido con la mayor prontitud; Mr. de Montesquiou, desprestigiado ante la corte desde que manifestaba los prudentes sentimientos de que hemos hecho mención, apenas podía dar una respuesta que á él tampoco le daban, y Luis XVIII, asediado por las reconveniones de la fracción razonable de los realistas, por la irritación de la parte exaltada, no sabiendo á quién oír ni á quién creer, prefería, en la duda, no salir de sus reglas, no perder sus costumbres, ó lo que es igual, conservar á Mr. de Blacas y no separar á nadie.

En esta cruel perplejidad no se limitaban á consultar

á los constitucionales, que de todos los opositoristas eran los únicos sinceros, los únicos que se hallaban animados por el deseo de conservar la dinastía modificando su marcha, sino que reanudaban relaciones con los principales revolucionarios, tales como Mr. Fouché, Mr. Barrás y otros, imitando de este modo á los enfermos, casi dispuestos á preferir los empíricos que les dan gusto, á los verdaderos médicos que les prescriben remedios poco agradables. Es preciso añadir que en los partidos, los obstinados, los locos, cuando se ven en la necesidad de elegir adversarios, perdonan con más gusto á los extremos que se les asemejan, que á los moderados, con los que no tienen más puntos de contacto de carácter que de opinión.

Los intermediarios ordinariamente empleados para con Mr. Fouché le hicieron entrever una vez más el ministerio de Policía, con el que le habían disgustado obligándole á esperarle demasiado tiempo; pero esta vez le hallaron evasivo, mucho menos solícito que de costumbre en dar consejos, y demostrando claramente que recurrían á él demasiado tarde. Mr. de André, que dirigía la policía con prudencia y moderación, trató de captarse la voluntad del duque de Rovigo para escuchar su dictamen, y el duque de Rovigo le respondió sin rodeos que se había maltratado de tal modo á los hombres del imperio, y en particular á los del ejército, que había muy pocas probabilidades de que pudieran conseguir el auxilio de ninguno.

Mientras que por un lado se agitaban los realistas sin lograr nada, por el otro no se movían menos los bonapartistas y los revolucionarios, pero de modo también ineficaz para alcanzar sus miras. Los unos y los otros habían sido sorprendidos como por un rayo al saber la aparición de Napoleón. Mr. de Basano, que era el único que había estado en comunicación con la isla de Elba sólo por haber enviado algunos informes, no se sorprendió menos que los demás, porque Mr. Fleury de Chaboulón no le había escrito nada después de su partida y todavía no se hallaba de vuelta. Temerario de un éxito desgraciado, el antiguo y fiel ministro de Napoleón sentía la parte, por pequeña que fuese, que hubiera podido tener en la determinación de su soberano. Los jóvenes militares, iniciadores de la conjuración de que anteriormente hemos hablado, no habían tenido ninguna comunicación con la isla de Elba, ni tan siquiera con el coronel de La Bedoyere, y más ardientes que nunca, querían ponerse en movimiento sin perder un instante, á fin de secundar la empresa de Napoleón. Los bonapartistas del orden civil, Mr. Regnault de Saint Jean de Angely, Mr. Boulay de la Meurthe, Mr. Thibaudeau y otros, tan poco informados como Mr. de Basano, temían tanto obrar como permanecer inactivos, porque si podía ser bueno llevar á cabo en el Norte un ataque por varios puntos en favor de Napoleón, también era posible que con esto trastornasen sus planes, aconsejando un movimiento que él no hubiese previsto ni ordenado. Acostumbrados á esperar y no anticiparse nunca á las determinaciones del emperador, estaban sumidos en las mayores dudas.

Los revolucionarios se mostraron en general satisfechos. Sin embargo, el principal de entre ellos, Mr. Fouché, por más que desease mucho los acontecimientos, siempre gratos á su naturaleza agitada, se disgustó mu-

chísimo con la noticia de la vuelta de Napoleón, que destruía sus cálculos. Creía en efecto tener entre sus manos á los Borbones y poder sostenerlos ó derrumbarlos á su gusto, á causa de la posición que había tomado en el seno de todas las intrigas y aun de los realistas. «Nosotros íbamos, decía á sus afiliados, á formar un ministerio de regicidas tales como Carnot, Garat y yo, de militares inflexibles tales como Davout, y de este modo hubiéramos echado ó dominado á los Borbones. Pero he aquí este hombre terrible que viene á traernos el despotismo y la guerra. Sin embargo, en el punto á que las cosas han llegado es preciso secundarle á fin de encadenarle con nuestros servicios, sin perjuicio de ver lo que hacemos después cuando esté á nuestro lado, y de que él se encuentre tan embarazado como nosotros por su triunfo.»

Más atrevido que los bonapartistas de la clase de Mr. de Basano, menos respetuoso por la infalibilidad del emperador, y sabiendo arriesgar si no su vida al menos las de otros, fué de parecer que se pusiera manos á la obra, y se soltase el freno á los jóvenes militares. Los generales Lallemand, Lefebvre-Desnoettes y Drouet de Erlón habían llegado á París, y los animó en su proyecto, estimulándolos á obrar inmediatamente. Drouet de Erlón mandaba en Lila á las órdenes del mariscal Mortier y podía disponer de muchos regimientos de infantería. Lefebvre-Desnoettes tenía en Cambrai á los antiguos cazadores de la guardia, convertidos en cazadores reales, y muy cerca en Arrás á los granaderos de á caballo, convertidos en coraceros reales también.

Los dos hermanos Lallemand eran el uno comandante en el Aisne, el otro general de artillería en La Fere. Conviniere en que el más temerario de todos, y el más seguro de su tropa, Lefebvre-Desnoettes, saldría de Cambrai con los cazadores de la guardia, se dirigiría hacia el Aisne y se presentaría delante de la Fere, donde los hermanos Lallemand reunían las tropas que hubiesen podido arrastrar tras sí, descendiendo en seguida juntos unos con otros el Oise para ir á Compiègne, en donde Drouet los encontraría con la infantería de Lila. Colocados de este modo á la cabeza de doce ó quince mil hombres, podían ejercer una influencia considerable en los sucesos, decidir acaso el levantamiento del ejército entero, y por lo menos, cortar la retirada á los Borbones para entregarlos (desde luego sanos y salvos) á Napoleón, quien haría con ellos lo que mejor le pareciese.

Este proyecto debía ejecutarse inmediatamente, sin más dilación que el tiempo necesario para ir de París á Lila, porque se hallaban al principio de marzo, Napoleón había desembarcado el 1.º, y no sabían mucho más que el gobierno la dirección que había tomado; pero, en todo caso, lo que más importaba era operar lo más pronto posible un ataque simultáneo en su favor. Siempre habían esperado que el mariscal Davout tomaría el mando del cuerpo del ejército insurrecto en cuanto estuviese reunido dondequiera que fuese, creyendo que un nombre tan ilustre, al frente de tropas experimentadas, decidiría á los dudosos á tomar parte en el movimiento; pero habían usado de tanta petulancia, de tanta indiscreción en la organización del complot, que el mariscal, ya fuese porque le repugnase una empresa nada conforme con sus costumbres de disciplina, ó ya por temor de que le comprometieran unos aturdidos, ó acaso por no atre-